

EL MARRANO DE MORIN

## El marrano de Morín

---

I

*A M. Oudinot.*

—Vaya, amigo mío,—dije á Labarbe—ya vuelves á decir otra vez «ese marrano de Morín.» ¿Por qué demonios no se habla de Morín sin que le traten de «marrano?»

Labarbe, que hoy es diputado, me miró con sus ojos de mochuelo.

—¿Cómo,—dijo—eres de la Rochela y no sabes la historia de Morín?

Confesé que no sabía la historia de Morín. Entonces Labarbe se frotó las manos y empezó su relato.

—¿No conocías á Morín? Sí, de fijo que recuerdas el almacén de mercería que tenía en el muelle de la Rochela.

—Sí, me acuerdo.

—Bueno; pues sábete que en 1862 ó 63 Morín fué á pasar quince días á París por gusto, á pretexto de renovar la provisión de géneros. No puedes imaginar el efecto que á un comerciante de provincia le producen quince días pasados en París. Les enciende la sangre. Cada noche asisten á los teatros, ven mujeres, se rozan con ellas y están excitados continuamente. No ven más que bailarinas con mallas, actrices descotadas, piernas redondas, hombros carnosos, todo esto al alcance de la mano, pero sin atreverse ni poder tocarlo. Apenas si alguna que otra vez se puede catar un bocado poco exquisito. Y se marchan con el corazón conmovido, con el alma excitada, con una especie de escozor de besos que les cosquillea los labios.

En tal estado hallábase Morín cuando tomó billete para la Rochela del expreso de las 8 cuarenta de la noche, y se paseaba turbado y melancólico por el gran salón de espera del ferrocarril de Orleans, cuando de pronto se detuvo ante una joven á quien besaba una vieja.

Hablase levantado el velo del sombrero y Morín, encantado, murmuraba:

—Diablo, qué guapa es.

Cuando se hubo despedido de la vieja entró en el andén, y Morín la siguió; cuando subió á un vagón vacío, Morín la siguió también.

Había pocos viajeros para el exprés. Silbó la locomotora y marchó el tren.

Estaban solos. Morín la devoraba con la vista. Parecía tener de diecinueve á veinte años, era alta, rubia, desparpajada. Se arrolló una manta de viaje á las piernas y se extendió en el asiento para dormir.

Morín se preguntaba:

—¿Quién será?

Y mil suposiciones, mil proyectos, acudían á su mente. Decíase:

—Se cuentan tantas aventuras de ferrocarril. He aquí quizá una para mí. ¿Quién sabe? La suerte se presenta de un modo impensado. Quizá me bastará ser atrevido. ¿No es Dantón quien decía: «Audacia, audacia y siempre audacia?» Si no era Dantón era Mirabeau. En fin, poco importa. Sí, pero carezco de audacia, este es el caso. ¡Ah! si se pudiera leer en las almas... De fijo que cada día, sin que lo sos-

pechemos, dejamos escapar ocasiones magníficas. Tan sencillo como le sería indicar lo que desea...

Entonces imaginó una serie de combinaciones que le proporcionaban la satisfacción de su deseo. Se le ocurrían lances caballerescos para entrar en relación con la desconocida; servicios que le prestaba; una conversación chispeante y viva terminaba por una declaración, que á su vez concluía por... por lo que puedes imaginar.

La noche transcurría entre tanto, y la hermosa muchacha continuaba durmiendo, mientras Morín meditaba su caída. Nació el día y pronto el sol lanzó su primer rayo, un largo rayo claro que llegaba desde las profundidades del horizonte, y acariciaba el hermoso rostro de la durmiente.

Se despertó, se sentó, miró el paisaje, miró á Morín y sonrió. Sonrió como mujer dichosa, con expresión alegre y animadora. Morín se estremeció. No había duda; á él iba dirigida aquella sonrisa, que era una invitación discreta, la señal soñada que esperaba. Aquella sonrisa quería decir: «Qué tonto es usted, qué gánapiro, qué cobarde, en permanecer ahí como una estaca, sin moverse desde anoche.

«Ea, míreme usted, ¿no soy acaso encantadora?»

Y usted se está toda una noche quieto mirando á una mujer linda, sin atreverse á nada como un tonfo de capirote».

Continuaba sonriendo y mirándole, parecía que hasta le daban ganas de reir, y él estaba como turlato, buscando una palabra oportuna, un cumplido, cualquier cosa, en fin. Pero nada encontraba, nada. Entonces, acometido de un arranque de audacia, pensó: «Suceda lo que quiera, me atrevo.» Y bruscamente, sin decir agua va, se adelantó con las manos tendidas, los labios temblorosos, y cogiéndola entre sus brazos la besó.

De un salto se puso en pie la joven gritando: «¡Socorro!» con acento de terror. Abrió la portezuela, agitó los brazos loca de miedo, y trató de saltar, en tanto que Morín desesperado, persuadido de que iba á precipitarse á la vía, la sujetaba por las sayas balbuceando:

—Señora... ¡oh, señora!...

El tren moderó la marcha, se detuvo. Dos empleados se precipitaron hacia el departamento de la joven que cayó en sus brazos balbuceando:

—Este hombre ha querido... ha querido... abu... abu...

Y se desmayó.

Habían llegado á la estación de Mauzé. El gendarme detuvo á Morin. Cuando la víctima de su brutalidad hubo vuelto en sí declaró. La autoridad levantó un atestado. Y el pobre mercero llegó por la noche á su domicilio amenazado de un proceso por ultrajes al pudor y á la moral en lugar público.

II

Era yo entonces redactor en jefe del *Farol de las Charentes* y veía todas las noches á Morin en el café del Comercio.

Al día siguiente de su tropiezo vino á verme no sabiendo qué hacer. No le oculté mi modo de pensar. «Eres un marrano; un hombre no hace eso.» Lloraba; su mujer le había pegado; y veía ya el pobre su tienda arruinada, su nombre por el lodo, deshonrado, y que sus amigos indignados le negaban el saludo.

Acabó por darme lástima y llamé á mi colaborador Rivet, un hombrecillo gruñón y listo, para tomar consejo de él.

Me indicó que viera al fiscal imperial que era

amigo mío. Envié á Morín á su casa, y yo fui á la del magistrado.

Supe que la mujer ultrajada era soltera, la señorita Enriqueta Bonnel, que acababa de ganar en París su diploma de institutriz, y que no teniendo padres, pasaba las vacaciones en casa de sus tíos que eran unos buenos magistrados de Mauzé.

Lo que hacía más grave el asunto de Morín era que el tío se mostraba parte en causa. El ministerio público consentía en echar tierra el asunto si el tío retiraba la demanda. Esto era lo que debíamos obtener.

Volví á casa de Morín. Le encontré en la cama, enfermo de emoción y de pesar.

Su mujer, que era una mocetona huesosa y barbuda, le maltrataba sin descanso. Me introdujo en el cuarto de mi amigo, diciendo:

—¿Viene usted á ver al marrano de Morín? ¡Tome, aquí tiene usted á esa alhaja!

Y se plantó delante de la cama con los brazos en jarras. Expliqué lo que ocurría y me suplicó que fuera á ver á la familia de la ofendida. La cosa era peliaguda, pero no me negué á ello.

El pobre diablo no cesaba de repetir:

—Te aseguro que ni siquiera la besé. ¡Te lo juro!

Yo contesté:

—De todos modos eres un marrano.

Y tomé mil francos que me dió para que los empleara como mejor me pareciese.

Como me causaba cierto temor ir solo á casa de los parientes de la ofendida, rogué á Rivet que me acompañara. Consintió á condición de que fuéramos inmediatamente, pues tenía al día siguiente un negocio urgente en la Rochela. Dos horas después llamábamos á la puerta de una hermosa quinta. Nos vino á abrir una joven muy linda. Seguramente era ella. Al verla dije en voz baja á Rivet:

—¡Voto va!... empiezo á comprender á Morín.

El tío, el señor Tonnelet, era precisamente un lector del *Farol*, un ferviente correligionario político, que nos recibió á las mil maravillas, nos felicitó y nos estrechó las manos, contentísimo de tener en su casa á dos redactores de su periódico. Rivet me dijo al oído:

—Me parece que hemos arreglado el asunto del marrano de Morín.

La sobrina se había alejado; y yo, entablé las delicadas negociaciones.

Hice presente el escándalo que podía moverse, la depreciación que sufriría la fama de la joven cuan-

do se supiera la indecente tentativa, pues la gente supondría algo más que un simple beso.

El buen señor parecía indeciso, pero quería consultar el caso con su esposa, que no volvería hasta tarde. De pronto lanzó un grito de alegría.

—Tengo una idea excelente. Puesto que están ustedes aquí, aquí se quedan. Comerán y dormirán aquí los dos, y cuando llegue mi mujer, supongo que nos entenderemos.

Rivet resistía; pero el deseo de ser útil al marraño de Morin, le decidió y aceptamos la invitación.

El tío se levantó contentísimo, llamó á su sobrina, propuso que diésemos un paseo por su propiedad, y decidió que por la noche se hablaría del asunto.

Rivet y él se pusieron á hablar de política, y en cuanto á mí, al cabo de poco rato estuve al lado de la joven algunos pasos detrás de la otra pareja. ¡Era verdaderamente linda, muy linda! Con infinitas precauciones empecé á hablarle de su aventura para procurar ganarme una aliada.

No pareció ella turbarse en lo más mínimo, y me escuchaba con la expresión de una persona que se divierte muchísimo.

—Piense usted, señorita, en los quebraderos de

la cabeza que la esperan. Tendrá usted que ir al tribunal, afrontar las miradas maliciosas, hablar delante de mucha gente, y contar en público la escena del vagón. ¿No le parece á usted que lo mejor habría sido no gritar y cambiar sencillamente de coche, en vez de llamar á los empleados?

Se echó á reír.

—Tiene usted razón, ¿pero qué quiere usted? Tuve miedo, y cuando se tiene miedo, no se piensa. Cuando comprendí lo que ocurría, sentí haber gritado, pero ya era demasiado tarde. Figúrese usted que ese imbécil se me echó encima como una furia, sin pronunciar una palabra, con cara de loco. Ni siquiera imaginé lo que quería.

Me miraba frente á frente sin parecer turbada ó intimidada. Yo pensaba: «Es una moza de pelo en pecho; comprendo que ese marrano de Morin se engañara.»

Añadí en tono de broma:

—Ea, señorita, confiese usted que mi amigo tiene disculpa, pues no hay modo de estar junto á una joven tan linda sin sentir deseo de besarla.

Se echó á reír enseñando sus dientecitos:

—Entre el deseo y la acción, caballero, paréceme que hay sitio para el respeto.

La frase era buena pero poco clara. Pregunté bruscamente:

—¿Y si ahora la besara yo, qué es lo que diría? Se detuvo para mirarme de pies á cabeza, y luego dijo tranquilamente:

—¡Oh! Hay hombres y hombres.

Bien lo sabía yo, pardiez, pues en la provincia entera me llamaban el «guapo Labarbe.» No había cumplido aun los treinta años; de todos modos le pregunté: «¿Y por qué?»

Se encogió de hombros y contestó:

—Toma porque no es usted tan tonto como él.

Y luego añadió mirándome de soslayo:

—Ni tan feo.

Antes que hubiera podido hacer un movimiento para evitarlo le había besado la mejilla. Se esquivó á un lado pero demasiado tarde. Luego me dijo:

—Parece que no es usted muy tímido, pero de todos modos no vuelva usted á empezar.

Adopté una expresión humilde y contrita y dije á media voz:

—¡Ah, señorita! crea usted que si algo deseo es ser llamado ante el tribunal por la misma causa que Morin.

A su vez me preguntó:

—¿Por qué?

La miré fijamente y dije:

—Porque es usted una de las mujeres más hermosas que he visto. Porque tendría á gloria y sería para mí un galardón haber querido violentarla. Porque después de haberla visto á usted dirían: «Bien merecido se tiene Labarbe lo que le pasa, pero de todos modos, tiene suerte.»

Se echó á reir de buena gana.

—Qué bromista es usted.

Aun no había acabado de pronunciar la palabra bromista, cuando la cogí entre mis brazos besándola con voracidad donde quiera que pude, en el pelo, en la frente, en los ojos, en la boca á veces, en las mejillas, en la cabeza, pues á pesar suyo tenía que descubrir un punto para proteger los otros.

Por fin consiguió soltarse, colorada y ofendida.

—Es usted un grosero, caballero, y me hace usted arrepentir de haberle escuchado.

Le cogí la mano un tanto confuso balbuceando:

—Dispense, dispense, señorita. Es verdad que la he ofendido, que he sido brutal. No me guarde rencor. Si usted supiera...

Buscaba en vano una excusa que no se me ocurría.



—Nada tengo que saber, caballero—contestó al cabo de un instante.

Por fin había encontrado la excusa y exclamé:

—¡Señorita, hace un año que la amo!

Quedó verdaderamente sorprendida y levantó la vista.

—Sí, señorita,—repuse—óigame usted. Maldito lo que me importa de Morín. Que se vaya á la cárcel ó á la calle lo mismo me da. El año pasado la vi á usted aquí, junto á la verja. Me causó usted tal impresión que desde entonces no la he olvidado ni un momento. Poco me importa que no me crea usted. Me pareció usted adorable; no podía olvidar su imagen; quise volverla á ver; aproveché el pretexto de ese imbécil de Morín, y aquí estoy. Las circunstancias me han hecho exceder; perdóneme usted, se lo suplico, perdóneme usted.

Ella trataba de descubrir la verdad en mis ojos, dispuesta á sonreír de nuevo, y murmuró:

—Buen tuno está usted hecho.

Levanté la mano y dije con tono sincero (hasta creo que era sincero.)

—Le juro que no miento.

—¡Bah!—contestó ella.

Estábamos solos, bien solos, porque Rivet y el

tío habían desaparecido tras un recodo, y le hice una verdadera declaración, larga, cariñosa, apretándola y besándola los dedos.

Escuchaba aquello como una cosa agradable y nueva sin saber lo que pensar de ello.

Acabé por sentirme turbado, por pensar lo que decía; estaba pálido, oprimido, tembloroso, y suavemente le rodeé el talle con mi brazo.

Le hablaba casi al oído tocándole los ricillos de la nuca. Ella parecía inanimada, absorta en sus pensamientos.

Luego su mano encontró la mía y la apretó. Yo apreté lentamente su talle con un abrazo cada vez más fuerte y tembloroso: la joven no se esquivaba; y de pronto mis labios, sin buscarlos, hallaron los suyos. Fué un beso largo, muy largo; y habría durado más á no haber oído detrás de mí los pasos de alguien que se acercaba.

La muchacha escapó á través de un grupo de plantas, yo me volví y vi á Rivet á dos pasos.

De pie en mitad del camino me dijo sin reír:

—De modo que tú arreglas así el asunto del marrano de Morín.

Contesté con fatuidad:

—Se hace lo que se puede, querido. ¿Y el tío?

30516

¿qué has obtenido de él? Yo respondo de la sobrina.

—No puedo decir lo mismo del tío—contestó Rivet.

Juntos nos fuimos hacia la casa.

III

La comida acabó de hacerme perder la cabeza. Estaba al lado suyo y mi mano no cesaba de encontrar la de ella bajo los manteles; mi pie oprimía su pie; nuestras miradas se mezclaban y confundían.

Dimos en seguida un paseo á la luz de la luna y le murmuré al oído toda la ternura que desbordaba mi corazón.

La tenía estrechada contra mí besándola á cada instante, mojando mis labios en los suyos. Delante de nosotros el tío y Rivet discutían. Sus sombras les seguían gravemente por la arena de los senderos.

Volvimos á la casa y un ordenanza de telégrafos trajo un telegrama de la tía diciendo que no volve-

ría hasta el día siguiente, á las siete, en el primer tren.

El tío dijo:

—Oye, Enriqueta, enseña sus habitaciones á estos caballeros.

Estrechamos la mano del buen señor y subimos. Nos llevó primero á la habitación de Rivet que me dijo al oído:

—Bien podía habernos llevado primero á tu cuarto.

Luego me enseñó el mío. Apenas estuvo sola conmigo, la cogí de nuevo entre mis brazos, tratando de enloquecer su razón y vencer su resistencia, pero cuando se sintió pronta á desfallecer, huyó.

Me metí en la cama contrariado, agitado, comprendiendo que no dormiría y pensando qué torpeza habría podido cometer, cuanto llamaron suavemente á la puerta.

—¿Quién va?—pregunté.

Una voz contestóme:

—Yo.

Me vestí rápidamente, abrí, entré.

—He olvidado—me dijo—preguntarle lo que tomará usted mañana para almorzar; te, chocolate ó café.

La había abrazado impetuosamente, llenándola de caricias y balbuceando:

—Tomo... tomo... tomo...

Pero se me escurrió de entre los brazos, sopló la luz y desapareció.

Quedé solo, furioso, á obscuras, buscando cerillas y no encontrándolas. Por fin las hallé y salí al corredor medio loco, con la palmatoria en la mano.

¿Qué iba á hacer? No lo sabía, quería hallarla; la quería. Luego pensé bruscamente: «Y si me meto en el cuarto del tío, que le voy á decir?»

Permanecí inmóvil, con los sesos como derretidos y laténdome el corazón. Al cabo de algunos segundos, se me ocurrió la contestación: «Pardiez, diré que buscaba el cuarto de Rivet para hablarle de un asunto urgente.»

Empecé á examinar las puertas, tratando de averiguar cuál era la de Enriqueta. No tenía ningún indicio. Por fin, al azar, empujé una, abrí y entré... Enriqueta, sentada en la cama, me miraba despaavorida.

Entonces corrí el cerrojo y acercándome de puntillas, le dije:

—Señorita, me olvidé de pedirle un libro.

Se resistía; pero pronto abrí el libro que buscaba.

No citaré el título. Era en verdad, la novela más maravillosa y el más divino de los poemas.

Una vez vuelto á la primera página, dejó mi amada que lo recorriera por entero, y hojeé tantos capítulos, que se consumieron nuestras dos bujías.

Luego, después de darle las gracias, iba á paso de lobo, cuando una mano brutal me detuvo, y una voz, la de Rivet, me dijo al oído:

—¿Has acabado ya con el asunto del marrano de Morín?

A las siete me trajo ella misma una taza de chocolate. Nunca lo tomé tan bueno; era un chocolate exquisito, oloroso, embriagador. No acertaba á despegar los labios de los deliciosos bordes de la taza. Apenas había salido Enriqueta, entró Rivet con la cara de pocos amigos, del que ha dormido mal, y me dijo con expresión adusta:

—Si continúas así, vas á estropear el asunto del marrano de Morín.

A las ocho llegaba la tía. La discusión fué corta; aquellas buenas gentes retiraban la demanda, y yo entregaba quinientos francos para los pobres del pueblo.

Entonces quisieron que nos quedásemos á pasar el día. Haríamos una excursión para visitar unas

ruinas. Enriqueta, á espaldas de sus tíos, me hacía señales para que aceptara. Acepté; pero Rivet se empeñó en marcharse. Le cogí aparte, le rogué, le sollicité, le dije con el acento más enternecedor que pude, que lo hiciera por mí, pero parecía exasperado y repetía:

—Ya me empieza á cargar lo del marrano de Morín.

Tuve que partir también. Fué uno de los momentos más penosos de mi vida. Me hubiera pasado toda la vida arreglando aquel asunto.

Cuando ya estuvimos en el tren, después de despedirnos de nuestros huéspedes, dije á Rivet:

—Eres un bruto.

Y él me contestó:

—Hijo mío, ya me tenías hasta la coronilla.

Al llegar á la redacción del *Farol*, vi á muchos conocidos que nos esperaban. Apenas nos vieron, gritaron:

—¿Habéis arreglado el asunto del marrano de Morín?

La Rochela entera estaba ansiosa. Rivet, cuyo malhumor había desaparecido por el camino, apenas podía contestar:

—Sí, se arregló gracias á Labarbe.

Fuimos á casa de Morín. Estaba hundido en un sillón y le habían puesto sinapismos en las piernas y compresas de agua fría en la cabeza, desfallecido de angustia. Tosía sin descanso con tos de agonizante, como si estuviera muy malo.

Su mujer le miraba con ojo de tigre, dispuesta á devorarle.

Apenas nos vió se puso tembloroso.

Yo le dije:

—Ya está arreglado, marrano, pero no vuelvas á las andadas.

Se levantó, sofocado, me tomó las manos, me las besó como se besan las de un príncipe, lloró, estuvo á pique de caer sin sentido, besó á Rivet y hasta besó á su esposa, quien le rechazó empujándole hacia el sillón.

Nunca se repuso de aquel golpe, porque la emoción había sido muy brutal.

En toda la comarca no le llamaban más que el «marrano de Morín» y aquel epíteto le hería como una estocada cada vez que lo oía.

Cuando un pillete gritaba por la calle: «marrano,» volvía instintivamente la cabeza.

Sus amigos le asaeteaban con bromas horribles preguntándole cada vez que comían jamón:

—¿Es del tuyo?

Murió dos años después.

En cuanto á mí me presenté diputado en 1875 y tuve que hacer una visita electoral al notario de Touserre, el señor Belloncle. Me recibió una mujer gruesa y muy guapa.

—¿No me reconoce usted?—me dijo.

—No... señora...—balbuceé.

—Enriqueta Bonnel.

—¡Ah!—dije sintiendo que me ponía pálido.

Parecía completamente tranquila y sonreía mirándome.

Apenas me dejó solo con su marido, éste me tomó las manos y apretándomelas hasta descoyuntarlas, exclamó:

—Hace mucho tiempo que quería ir á visitarle, caballero. Mi mujer me ha hablado mucho de usted. Sé... sí, sé en qué circunstancias dolorosas la conoció usted y lo muy delicado y fino que estuvo usted en aquella ocasión.

Luego, en voz más baja, como si hubiese temido pronunciar una palabra gruesa, añadió:

—... Con ocasión del asunto del marrano de Morín.